

á París, que la alejará de mí, y yo caeré en la noche eterna de mis malas pasiones.

Gustavo veía aún un rayo de luz: Teresa no veía más que en la negra sombra de su odio hacía todo lo que es bello, noble y bueno, y envolvía en su aversión á la misma inocente niña, que era el ídolo y el amor de todos los demás individuos de la familia.

No obstante, el dolor y el aislamiento unían á la solterona y al joven: éste sentía cierta lástima por Teresa; en cuanto á Teresa, cuando veía cerca de ella á aquel bello y melancólico joven, sentía en su corazón movimientos que á ella misma la asombraban, y que tenían alguna semejanza con los ímpetus de su primera, última y única pasión.

VII

Teresa, sentada en su cuarto y al lado de su ventana, que daba al jardín, había visto de lejos toda la escena que había tenido lugar entre su familia y el banquero de París Mr. Cottin: de buena gana hubiera bajado, llevada por su curiosidad, á ver ocultos á su hermano, y aquél, y á Sofía primero recitando, y cantando después; pero no quiso demostrar que se interesaba por nada, y se quedó inmóvil y devorando el enojo que le causaban, así el talento de su sobrina, como el entusiasmo de sus hermanos.

Vió retirarse á todos del jardín, vió ir cayendo la luz del sol que se ocultaba tras de los altos árboles del jardín, y quedó sumergida en aquella amarga atonía, que cuando no estaba poseída de la ira, era el estado habitual de su sér.

Ella amaba; pero en un principio aquel amor le había traído la tristeza, y entonces le traía la desesperación: cuanto más iba llenando su alma, tanto más veía la imposibilidad de ser dichosa, tanto más se veía condenada á la soledad del corazón.

Para que Gustavo la hubiera amado, necesi-

taba ella ser todavía la bella niña que todos admiraban cuando tenía diez y seis años.

No era extraña, por cierto, aquella desgraciada pasión: los pocos jóvenes que iban á casa de Mr. Restaud, no reparaban en Teresa, ó la trataban como á una señora mayor: sólo Gustavo la atendía y usaba con ella de modales dulces y francos.

Por lo que hace al joven, no sospechaba la funesta pasión de que era objeto, y creía á Mlle. Restaud una persona muy desgraciada, así por las circunstancias de que estaba rodeada, como por su carácter sombrío y caviloso.

La puerta se abrió, y Teresa volvió la cabeza con un movimiento maquinal.

Cuando vió la persona que entraba, se estremeció violentamente, y un relámpago pasó por sus ojos; era la primera vez que Gustavo entraba en su cuarto; la luz era ya muy débil; la luna aparecía en el cielo llena de majestad; los perfumes embriagadores de la primavera subían hasta la ventana de Teresa; todo era belleza y poesía; y la esbelta figura de Gustavo Blaye estaba en perfecta armonía con aquella atmósfera de amor, empapada de perfumes y exuberante de armonía.

La pobre Teresa se creyó por un instante bella y joven; la imaginación ardiente y poco gastada, pues hasta entonces nunca había soñado, le fingía sueños peligrosos á la edad en que todas las mujeres gozan de la plenitud de su razón: un canto

subía desde su corazón á su cerebro con embriagadoras melodías.

—Mi querida señorita Teresa, perdón por venir á molestaros, dijo Gustavo tomando la mano que Teresa le alargaba y estrechándola con cariñosa cordialidad: vos quizá estaríais entregada á vuestras devociones, y yo vengo quizá á incomodaros.

Teresa fijó en el joven sus negros ojos, en los que brillaba una amorosa expresión; no se había dado cuenta de lo que la hablaba; la presencia de Gustavo allí estaba en armonía con sus pensamientos: lo que él decía no llegó á sus oídos más que como un sonido dulce y acariciador.

—El caso es tan grave, que he venido al instante á deciros lo que pasa, prosiguió el joven: mi tío y vuestro hermano estaba completamente arruinado.

—¡Arruinado! ¡luego mi dote corre peligro! exclamó Teresa, arrancada de repente á sus sueños; ¡arruinado! ¿es eso cierto?

—Lo era, repuso Gustavo: ¡pero ya no lo es!

—¿Qué queréis decir?

—Mr. Cottin, el banquero de París que ha llegado hoy, tenía créditos contra mi tío, que á exigir su cobro, le arruinaban; pero el banquero, por yo no sé qué inexplicable sentimiento de abnegación y casi de heroísmo, le ha eximido de los pagos y le ha enviado las letras como satisfechas.

—¿Luego ese Mr. Cottin es muy opulento?

—Lo fué su padre; mas la fortuna personal de

Mr. Augusto Cottin estaba muy disminuía por los gastos excesivos de su vida de fausto y de galantería: la cesión de esos créditos ha debido dejarle casi arruinado.

—Mi hermano es incapaz de haberle dicho la angustia en que se encontraba, observó la solterona; yo le conozco bien, y para su orgullo sería más fácil la muerte que semejante confesión.

—No la ha hecho, dijo Gustavo; mi tío se hallaba desesperado, y estoy casi por asegurar que estaba decidido á morir.

—¿De dónde inferís eso? preguntó Teresa con una frialdad que estremeció á Gustavo.

—Le ví sacar y preparar su caja de pistolas, y yo mismo fuí á avisar á mi tía.

—¿Habrá hablado Adela á Mr. Cottin?

—Lo ignoro, señorita.

—¡Pues no puede ser otra cosa! exclamó Teresa con una explosión de júbilo; ella le ha interesado con sus coqueterías, y Mr. Cottin, hombre frívolo y galante, se ha enamorado de ella, ó á lo menos se ha decidido por pasatiempo á intentar su conquista.

Gustavo no contestó; hacia algunos minutos que parecía absorto en una preocupación profunda.

—¡Y mi pobre hermano sin sospechar nada! prosiguió Teresa, complaciéndose en aquel malvado pensamiento, que era el que halagaba más su rencor hacia la pobre Adela; ¡oh! yo se lo diré todo... yo le abriré los ojos...

—¡Oh! ¡vos estáis equivocada, señorita! dijo Gustavo, respondiendo más bien á su propio pensamiento que al malvado de la solterona; ¡si! vos no os ponéis en lo cierto; no, no; la extraña generosidad de ese hombre tiene otro motivo; estad segura de esto.

—¿Qué otro motivo puede ser?

—La admiración que Sofía le ha inspirado.

—Sofía es una niña, objetó Teresa con un violento gesto de incredulidad y de desdén; quien interesa al banquero, es Adela.

—No; os repito que no es mi tía la que ha salvado esta casa de la ruína: ¡ojalá fuera así!

—¿Que tenéis? exclamó Teresa; esa tristeza, ese abatimiento... ¿qué os pasa?

—Nada, no es nada; ó más bien, son sueños vanos, murmuró el joven; yo no sé lo que pasa en mí... Sofía es una niña, y sin embargo...

—¡Acabad...!

—¡La amo!

Un rayo que hubiera caído á los pies de Teresa, la hubiera dejado menos petrificada que aquella confesión; en sus sueños había creído que el pobre Gustavo Blaye, pobre y envidioso, aislado y de carácter silencioso y concentrado, la amaba á ella, llevado de esa imperiosa necesidad de afecciones que domina á la juventud: en aquella dulce ilusión se había mecido durante largo tiempo, con aquella dicha había soñado, y de repente se veía caída de la altura de sus sueños al espan-

toso desierto de su soledad, de su tristeza y de su duelo.

—¡La amáis! repitió con voz sorda y convulsiva.

—A pesar mío... pero con toda mi alma, respondió Gustavo, alzando al cielo sus negros y apasionados ojos como para tomarle por testigo de su afirmación. Cómo ha nacido este amor, no lo sé, ni podría por consiguiente explicarlo, señorita; pero él llena mi vida; y si busco la soledad, es sólo para soñar con él... ¡Ah! permitidme que os abra mi corazón, prosiguió el joven; permitidme que os diga cuáles son mis sueños de dicha, vos hacia quien me lleva la poderosa simpatía que une á todos los que son desdichados: porque vos, como yo, vivís aislada y sola en medio de esta familia feliz, y vos me escucharéis y me comprenderéis mejor que nadie!...

—¡Hablad! dijo Teresa con una calma aterradora y que hubiera estremecido á Gustavo si hubiera podido suponer la tempestad que se encerraba en aquella alma.

—Pues bien, cuando llegué aquí, Sofía me era agradable porque me recordaba á mis pobres hermanitas: luego, poco á poco, y sin saber cómo, se fué apoderando de mi voluntad, y sólo cerca de ella me hallaba bien y tranquilo; pero desde hace poco tiempo mi pensamiento fijo se encierra en buscar los medios de vivir con ella, de hacerla mi esposa, de unir mi vida á la suya para siempre: ¿no sería esto posible, señorita?

—No, respondió duramente la solterona.

—Yo puedo trabajar como hasta hoy al lado de mi tío, y hacerme una posición ventajosa en el comercio: mi cuna es igual á la de Sofía, y cuando ésta tenga tres ó cuatro años más, acaso sus padres preferirán á un esposo que no la separe de su lado, que á uno que la lleve á París ó al extranjero.

—Mi querido amiguito, dijo Teresa Restaud, levántandose rígida, helada, implacable; no alimentéis sueños vanos: mi sobrina no será jamás para vos: yo trataré de impedirlo: ¿quién os ha metido en la cabeza tanta vanidad y tan locas esperanzas? ¿Quién sois vos? Un pobre muchacho recogido por la caridad de mi hermano: idos de aquí y dejadme ya en paz. Los padres de Sofía tienen aspiraciones más altas, y no casarían á su hija única con un escribiente de su casa! No subáis soñando, porque os despeñaréis sin remedio... Vamos, volved de vuestro estúpido asombro y dejadme ya en paz! ¡bastante me habéis aburrido!